

El espía

Elite, 1959-03-07.

Era domingo, y la pensión, que los días de labor se espabilaba con la luz del día, estaba estirando el sueño con la fruición del que está gozando un pecado.

Sólo Tomaso se despertó a las cinco y media, como un reloj.

La pieza era como un cajón de bastidores de tramoya; cabían justo cuatro camuchas. Tomaso se quedó viendo un rato el resplandor blanco que comenzaba a adherirse al techo de caña. Había en la pensión diez compartimientos de cartón-piedra respirando por un cielo raso común, desde una ventana que daba a la calle. Luego se puso a escuchar el estertor lento y poderoso de un fuelle grande, y olfateó con asco el aire espeso y caliente que estaban respirando con fruición sus compañeros.

El aire de la pensión se distribuía con mezquindad, como la comida.

A Tomaso, que era albañil y no había cumplido los treinta, le comenzaban a sobrar algunos pellejos en la papada, y sólo le quedaba una rodezuela de pelo, como algunos frailes. Lo comprobaba con cierta angustia todas las mañanas del mundo, y se untaba con menjunjes por las noches, a ver si le iban.

Buscó a tientas, debajo del catre. Luego salió al zaguán y se puso a limpiar unos zapatos marrones de gamuza que tenían una puntera afilada y un tacón de más de un dedo. Por un momento, el refregón flotó por encima del rumor de fuelle, que era el resuello de cuarenta hombres dormidos.

Sacó de debajo del camastro, sin hacer ruido, una tosca maleta de madera pintada de marrón. Desenjauló una camisa blanca con listas azules, una corbata roja, y después una funda grande y colorada de celofán, como un enorme caramelo, donde conservaba el pantalón del traje azul.

En la pieza se esparció una tufarada de alcanfor.

Cuando salió ya vestido al corredor, que era una fila estrecha de puertas, vió que Giuliana, la dueña, había prendido la luz de la cocina.

– Bon giorno, Giuliana. Mi dai il "saco"?

La dueña de la pensión era una napolitana gorda y sentimental que había convertido su escaparate de matrimonio en la caja fuerte de la ropa dominguera de los pensionistas.

– Non andare inchiesa, es pericoloso!... Non ai sentito e tiri di fucile questa mattina?!

Tomaso no había escuchado ningún ruido en toda la noche; y tenía que ir a misa, por la promesa.

– La promesa che ai fatto a Cristo del pane e il formaggio se trovarti lavoro? Tu credi che le labbia trovato Lui?... Infelice!

A Tomaso le dolió mucho la irreverencia de la dueña.

Cuando asomó a la puerta, empingorotado, oloroso a colonia como un frasco, llegaba la bicicleta del pan.

El portugués cortó apuradamente el espeso ambiente del pasillo.

Tomaso lo esperó a la vuelta:

– Cosa para in la calle?...

–S'oye mucho tiro...

Y arrancó cuesta abajo, con una pierna tiesa sobre el pedal, balanceando algún desnivel del cajón del pan.

Tomaso se quedó viendo un rato aquella luz suave, de sombras largas, que se le estaba metiendo a la calle por la boca de la esquina de Abanico.

"Tienes que ir a misa Tomaso –se dijo– porque esta es una promesa que hiciste al Cristo de Burgos. Se lo dejaste escrito en su nicho de la puerta de vidrio, junto al pan seco y al queso que tiene pobremente a sus pies. No te vaya a castigar ahora quitándote el "trabajo"...

Mientras cavilaba así, había regresado a la pieza. Ya dos de sus tres compañeros de cuarto estaban despiertos.

Fué cuando sonó el tiro.

Renato se despertó:

– Cosa él!... Fusile!

Había reventado en la misma cuadra.

El pasillo de paredes de cartón se pobló de hombres desnudos y en calzoncillos. Todos oyeron un frenazo, como un grito, y un trote flaco de botas en la calle. Desde el fondo de la colina, Giuliana barrió el paso con una sola voz:

– Giardino!... (Giardino era su marido).

Flotó por sobre las divisiones de cartón, como los olores y los ronquidos, un como zumbido de tres docenas de hombres.

Y el rumor de botas irrumpió diciendo:

– ¡Las manos sobre la cabeza, todos, carajo!...

Giuliana vió desde el otro extremo del corredor a tres policías atropellándose con sus fusiles en el pasillo. Fué cuando Tomaso asomó a la puerta y casi se le mete un cañón por el mismo ojo.

Ya todos los pensionistas asomaban sus cabezas por sobre los bastidores.

– ¡Todos con las manos arriba! –gritó el cabo haciendo un abanico con su fusil ametrallador.

Al corredor le salieron ochenta brazos.

– ¿Quién disparó desde la ventana?!...

El cabo no movía el bigote para hablar; las palabras le salían de entre las junturas de los dientes, que los tenía muy herrumbrosos y separados.

Giuliana, que ya estaba cerca del cabo, le dijo valientemente:

– Señor oficial, aquí no ha habido ningún tiro.

– ¡El tiro salió de aquí! –y el cabo buscó hacia el fondo del corredor.

Un agente estaba guardando la puerta del zaguán. El otro miraba todavía recelosamente a Tomaso, con el fusil pegado a su barriga.

Fué cuando cayó en la sospecha del cabo:

– ¡Y usted, ¿qué hacía vestido?!

Tomaso miró con ansiedad. El corredor, con las hileras de brazos asomándole a lo largo de las mamparas, parecía un ciempiés muerto. Luego vió a Giuliana, y le vino la ridícula idea de cómo sabía el oficial que todos los demás estaban desnudos. Y sorprendentemente, apuntando con la vista a los ojos del que le estaba clavando el cañón en el ombligo, dijo con un timbre de voz grotescamente alto:

– ¡Signor ufficiale, io andare a la iclesia!...

Reventaron media docena de risas discretas como burbujas, en lo alto del pasillo; el cabo se tragó los dientes para conservar su dignidad y dijo al policía:

– Déjelo, que éste no se escapa.

Luego añadió mirando a la caña brava del techo:

– ¡Ahora se me ponen todos sus pantalones y me salen al corredor, que quiero verles bien las caras, y que nadie se me mueva mucho porque le pego un tiro!...

En dos minutos, los italianos, en pantalón y franela, estaban apretujados en el zaguán y un pedazo de corredor.

El cabo buceó con malicia de campesino en todos los ojos, y estuvo seguro de que ninguno de ellos les había encañonado un arma hacía unos minutos.

– Bueno –dijo alzando a voz–; yo no tengo nada contra ustedes, pero aquí sonó un tiro, y tengo que llevarme un responsable de esta pensión.

El cabo miró a Giuliana.

La dueña vió primero a su marido, que era el desmirriado que estaba junto a la puerta, y luego a los pensionistas, y regresó a la mirada del cabo, que no la había perdido de vista.

– Entonces –dijo el cabo mirando hacia Tomaso– nos llevamos al fraile, que está vestido. Al albañil se le nubló el corredor, y le creció delante, monstruosamente, la figura del cabo. Sus compañeros ya no tuvieron humor para celebrar el chiste.

Lo sacaron por delante, blanco como la leche y le hicieron montar al jeep bajo la mirada de todos los que cupieron en la ventana y la puerta de pensión, y la de todos los vecinos, que ya estaban asomados a las rejas desde que sonó el tiro.

– ¡Esos son los extranjeros, que se meten en todo! –dijo una voz de mujer cuando arrancó el vehículo.

La pensión cerró la puerta y la ventana.

Cuando el pulpero de la esquina de Abanico abrió su puerta metálica con aquel chirrido de siempre, ya se había formado la tertulia comentando el tiroteo que había habido frente a la pensión, y la detención del italiano, que era espía.

La amenaza de asaltar el "Hotel Nápoles" duró todo el día.

Cuando tumbaron la puerta fué ya al anochecer. Los treinta y nueve peones que pagaban 3.75 bolívares diarios por la pensión completa, y Giuliana y su marido Giardino, tuvieron que huir por el tejado. Los camastros y el escaparate de los trajes domingueros de los pensionistas se quemaron en el incendio.

Tomaso regresó en la mañana siguiente.

Le colgaba su traje azul como un trapo.

Hurgó lo que pudo en las cenizas, pero se quedó sin los doscientos setenta y cinco bolívares que tenía ahorrados en su maleta de tablas pintada de marrón.

Luego, caminó hacia la iglesia de Altagracia, que estaba a sólo cuatro cuadras, para arrodillarse a los pies del Cristo de los tributos del pan y el queso que le consiguió el trabajo.

Pero a estas horas de la mañana, que era un lunes, las puertas del templo estaban cerradas.